

Félix, el niño que no quería lavarse



Texto: Anna Espinach

Ilustraciones: Estudio Nimau.
Ilustración infantil y juvenil.

“¡Lávate la cara! ¡Frótate las manos! Algo más de champú detrás de las orejas... ¡Y los dientes bien limpios!”. Así era como la madre perseguía a Félix cada tarde del mundo. Y cada mañana. Al mediodía, la encargada de recordarle que tenía que lavarse las manos era Flora, la monitora del comedor de la escuela, que con puesto de general del ejército pasaba revista a los alumnos de tercero. Desde que tenía memoria, Félix detestaba las duchas, bañeras y bastoncillos para los oídos. “¿A quién le importa, si voy limpio?”, mascullaba una y mil veces. “¡A quién le importa!”.

Aquella tarde, como de costumbre, Félix gritó: *"¡Hoy no me ducho! Y no, no me lavaré los pies... ¡ni siquiera me voy a lavar el trasero!"*. Su madre se lo miró y suspiró como si acabara de subir cien escaleras de golpe. Medio cerró los ojos y sin alzar la voz lo más mínimo respondió *"De acuerdo. Pues ya te lavarás cuando quieras. Yo estoy harta de perseguirte"*. Su madre dio media vuelta y volvió a su estudio. Félix estuvo un rato probando de entender la situación. ¿Cómo podía ser que su madre le obligara a lavarse? A los pocos segundos, dejó de buscar explicaciones y se puso a jugar con sus trenes, la mar de contento.

Al día siguiente, Félix se levantó y se vistió. No se lavó la cara ni las manos. No se cepilló los dientes después del desayuno. Apenas se pasó la mano por aquellos cabellos derechos y asustados. Su madre, como si nada, le dio un beso en la frente y le dijo adiós, y que tuviera un buen día.

Sentada delante del autobús estaba Minerva, guardándose un asiento, como lo hacía todos los días desde que iban a primer curso. Minerva olía a canela y era su gran amiga. A veces hablaban de peonzas y patinetes, y otros se limitaban a ver pasar los árboles, rapidísimos, por el otro lado de la ventana. Aquella mañana, Félix tenía la urgencia de explicarle lo que le había pasado en casa, aquello de que no hacía falta que se lavara si no le apetecía. *"¿Y tú no quieres?"*, preguntó ella. *"¡Está claro que no quiero!"*, exclamó él como si fuera lo más normal del mundo. Minerva lo miró sin saber qué cara poner. A ella le gustaba mucho bañarse y pasarse el peine por el pelo mojado, sonarse bien fuerte cuando tenía la nariz llena de mocos y llevar las uñas cortadas. *"No me entiendes porque eres una niña"*, le espetó Félix. *"Y las niñas siempre vais muy limpias"*. Minerva no estaba nada de acuerdo con esa afirmación, pero como no tenía ganas de discutir prefirió hablar de otra cosa. De peonzas y patinetes, por ejemplo.

Pasaron el lunes y el martes. El miércoles, el jueves y el viernes. Pasaron incluso el sábado y el domingo, y *"el niño que hace más de una semana que no se ducha"* ya era conocido más allá de las paredes de la clase de tercero A. Félix no se acercaba al agua ni para hacer un trago, así que ya os podéis imaginar la fila que hacía. Los cabellos desordenados y llenos de piojos, en sus largas uñas se le acumulaba todo tipo de suciedad y todo alrededor de la boca era una mezcla de rastros de comida. En las orejas tenía cera en cantidad, los dientes se le habían vuelto amarillos y entre un colmillo y la muela tenía un grano de arroz a la cubana atascado desde hacía seis días. Aparte de eso, que no es poco, el hedor que soltaba era espantoso. Realmente insoportable.



La mañana que ya sumaba ocho días que Félix había abandonado los hábitos de higiene básicos, subió al autobús y se dio cuenta de que Minerva se había sentado con Berta. "*Lo siento, Félix...*", dijo la niña con cierta lástima, "*... pero sentarse a tu lado es como sentarse con una pizza de cuatro quesos*". "*¿Qué pasa? ¿Que no te gusta la pizza de cuatro quesos, a ti?*", Le preguntó Félix sin entender nada. "*¡Lo que no me gusta es la gente que apesta!*", Respondió ella para cerrar la conversación. Félix volvió a pensar que aquello era cosa de niñas, pero cuando Miguel le dijo que él tampoco quería sentarse a su lado, se dio cuenta de que los niños también tenían manías. Sus compañeros dejaron de acercarse a él porque les daba angustia y, por si no tuviera bastante, la situación empeoró con la llegada de las temidas enfermedades infacciosas.

"*¡Hay muchos casos de gripe!*", se lamentaban un par de maestros mientras se sonaban. Mocos y tos de perro, cagalera y mareos, fiebre durante dos días enteros y dolor de cabeza en todos los casos. Félix cayó ese mismo día y cuando Pepita, la conserje de la escuela, le puso el termómetro, ¡ya pasaba de 39!. "*Por fuerza tenías que ponerte enfermo enseguida, tú, ¡tan sucio como vas!*". Félix no sabía de qué le estaba hablando. "*¿Acaso no sabes que hay microbios y virus en todas partes? ¡Cuanto más sucio vas, más fácil es pillar cualquier cosa!*". Félix no pudo responder porque no sabía qué decir... Pepita siempre tenía razón. Tosió un poco y deseó, más fuerte que nunca, irse a casa.

Si había algo que Félix detestara más que los rituales de limpieza personal era el estar enfermo. No soportaba tener que quedarse en la cama, marchito, quieto, entristecido. No poder correr ni salir a la plaza. No tener ánimo ni de mantener los ojos abiertos suficiente tiempo para terminar un libro. No poder pasarse la mañana del sábado haciendo bailar sus 15 peonzas mientras Minerva hacía piruetas encima de su patinete. Fue así como Félix entendió que ir sucio no era solo una cuestión de hacer tufo o llevar una mancha de tomate frito en la mejilla durante una semana. La suciedad también puede hacerte caer enfermo y eso, amigos míos, deja de ser divertido.



"Mamá, quiero bañarme. ¿Y me cortarás las uñas, por favor? Bien cortitas, que no se me pueda esconder nunca más ningún virus". Su madre le preparó una bañera tibia y llena de espuma, un champú mata-piojos y un pijama que olía a lavanda. Luego lo acolchó, le dio la medicina y le dio tantos besos como Félix se dejó, besos que curaban tanto como aquel jarabe rojo y pegajoso que se acababa de tragar.

La semana siguiente, cuando Félix volvió a la escuela, Minerva le esperaba sonriente en la primera fila del autobús. "¿Y hoy, puedo sentarme?", le preguntó él con miedo de que le volviera a decir que no. "De acuerdo", respondió ella, "pero no te me acerques mucho...". Félix se olió a sí mismo discretamente... ¡Si iba súper limpio! "¡Atxum!", estornudó la niña. "Me parece que ahora, la gripe, la he pegado yo ¡y no quisiera contagiarte!". Félix, con media sonrisa, se volvió y se sentó junto a Miguel: no quería oír hablar más de virus, ¡ni que vinieran de su mejor amiga!

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos



Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (<http://faros.hsjdbcn.org/>) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

Sant Joan de Déu 
HOSPITAL MATERNOINFANTIL - UNIVERSITAT DE BARCELONA